

Vicente Lombardo Toledano

---

# LECCIONES DE POLÍTICA PARA PÁRVULOS

---



Centro de Estudios  
Filosóficos, Políticos y Sociales  
Vicente Lombardo Toledano



**Vicente Lombardo Toledano**

**LECCIONES DE POLÍTICA  
PARA PÁRVULOS**

---

CENTRO DE ESTUDIOS FILOSÓFICOS, POLÍTICOS  
Y SOCIALES VICENTE LOMBARDO TOLEDANO

DIRECCIÓN GENERAL

Marcela Lombardo Otero

SECRETARÍA ACADÉMICA

Raúl Gutiérrez Lombardo

COORDINACIÓN DE INVESTIGACIÓN

Aura Ponce de León

COORDINACIÓN DE SERVICIOS BIBLIOTECARIOS

Javier Arias Velázquez

COORDINACIÓN DE PUBLICACIONES Y DIFUSIÓN

Fernando Zambrana

Primera edición 2008

© CENTRO DE ESTUDIOS FILOSÓFICOS, POLÍTICOS  
Y SOCIALES VICENTE LOMBARDO TOLEDANO

Calle V. Lombardo Toledano num. 51  
Exhda. de Guadalupe Chimalistac  
México, D.F. c.p., 01050  
tel: 5661 46 79, fax: 5661 17 87  
e-mail: lombardo@servidor.unam.mx  
www.centrolombardo.edu.mx

ISBN ~~978-968-5721-58-5~~

SERIE OBRA TEMÁTICA

La edición y el cuidado de este libro estuvieron a cargo  
de la dirección general y de las coordinaciones  
de investigación y de publicaciones del CEFPSVLT

**Vicente Lombardo Toledano**

---

**LECCIONES DE POLÍTICA  
PARA PÁRVULOS**

---



Centro de Estudios  
Filosóficos, Políticos y Sociales  
Vicente Lombardo Toledano

# ÍNDICE

ADVERTENCIA	VII
NOTAS SOBRE EL SUBJETIVISMO EN POLÍTICA	1
LECCIONES DE POLÍTICA PARA PÁRVULOS I. EL CONCEPTO DE PUEBLO	5
LECCIONES DE POLÍTICA PARA PÁRVULOS II. ESTRUCTURA DEL PUEBLO MEXICANO	11
LECCIONES DE POLÍTICA PARA PÁRVULOS III. LA NACIÓN Y EL ESTADO	15
LECCIONES DE POLÍTICA PARA PÁRVULOS IV. ESTRATEGIA Y TÁCTICA	21
LECCIONES DE POLÍTICA PARA PÁRVULOS V. LA PERSPECTIVA	27

## ADVERTENCIA

Consideramos que los textos de esta publicación tienen una enorme importancia en la actualidad, ya que la situación política que se vive en nuestro país, sin dejar de lado la internacional, es verdaderamente dramática.

A los textos que integran la serie “Lecciones de Política para Párvulos” que dicta el maestro Vicente Lombardo Toledano, hemos agregado un artículo en el que explica qué es el “Subjetivismo en política”, cuya lectura puede ser muy útil para todas aquellas personas que actúan en política, o que forman parte de algún partido político, muchas de las cuales no “precisan —como dice el maestro Lombardo— las relaciones entre la realidad objetiva y la conciencia humana”, es decir, que existe en ellas un “desajuste entre el ser y el pensamiento que conduce inevitablemente el sectarismo”, que, como se sabe, lleva siempre a una conducta reaccionaria o a una posición dogmática.

Este conjunto de materiales será también de enorme interés para los investigadores sociales y para todas las personas interesadas en conocer los aspectos básicos de la política vista como una ciencia, según la concebía el maestro Lombardo, sobre todo para los integrantes de las nuevas generaciones, que tienen a su cargo la responsabilidad de la dirección futura del país.

## NOTAS SOBRE EL SUBJETIVISMO EN POLÍTICA

La filosofía, considerada en su aspecto más general como una explicación del universo, del mundo y de la vida, y como un instrumento para transformar la existencia, consiste fundamentalmente en precisar las relaciones entre la realidad objetiva y la conciencia humana, entre el ser y el pensamiento. No hay una sola persona que no tenga una teoría filosófica como guía de su conducta, porque aun los iletrados, a falta de una tesis surgida de la cultura y de la reflexión crítica, se sirven de los prejuicios y de las supervivencias de los mitos que han acompañado a la humanidad desde su origen. Esta relación entre el mundo que rodea al hombre, del cual forma parte, y su espíritu, en los momentos de crisis histórica, adquiere para muchos el carácter de conflicto. La realidad cambia, las fuerzas sociales se modifican, las viejas ideas pierden su poder de exaltación ante la colectividad, pero no se opera en la conciencia de todas las gentes una transformación paralela a la que ocurre en el escenario de un país o del mundo.

El desajuste entre la realidad y la conciencia, entre el ser y el pensamiento, conduce inevitablemente al sectarismo, a la visión unilateral de las cosas, al desprecio de la realidad objetiva, que trata, al mismo tiempo, de operar sobre ella como si no se hubiera transformado. El sectarismo es, por tanto, una actitud subjetiva, que lo mismo se traduce en una conducta reaccionaria, intentando detener lo que

evoluciona de acuerdo con las leyes naturales que rigen el devenir, que en una actitud aparentemente revolucionaria, pretendiendo ir más allá de las transformaciones posibles y actuando en contra de las leyes que presiden el desarrollo de la sociedad.

El subjetivismo alcanza a todos los aspectos del saber y de la práctica. Lo mismo en la política que en el arte. Las manifestaciones del pensamiento que están vinculadas a una forma determinada de la vida social, en un periodo concreto de la evolución de un país o del mundo, pueden caer dentro del subjetivismo, en contraste con las expresiones válidas del razonamiento, que son siempre realistas, ligadas a lo que existe o al esfuerzo creador de las fuerzas renovadoras de la sociedad. Por esta causa el realismo, como expresión invariable de un momento histórico determinado, que está dejando de ser lo que es, está condenado al subjetivismo a corto plazo, en tanto que el realismo que se refiere al futuro, aun cuando en un momento de la vida social no refleje el pensamiento colectivo y parezca a los observadores miopes una posición subjetiva, tiene asegurada su vigencia, porque representa la avanzada de la forma de la vida que ha de sustituir a la que desaparece.

El subjetivismo político, en un periodo histórico como el actual, época de transición entre los principios caducos de la existencia social y el advenimiento de ideas nuevas sobre la convivencia humana, ofrece casos de contradicción, que van de lo dramático a lo cómico. Hay individuos que se aferran al momento que viven, creyendo que será eterno, y cuando se dan cuenta de que sus deseos no corresponden a la realidad cambiante, ingresan en la corriente del anticomunismo, entendiendo por éste todo lo que impide que el sistema capitalista se perpetúe. Otros, conscientes de la crisis histórica entre el pasado y el presente, que avanza a paso veloz, se declaran partidarios de la lucha contra el sistema social que declina, pero tienen temor a expresar públicamente su opinión, y miedo de actuar de acuerdo con su pensamiento. Creen que basta con decir a otros que están inconformes con la situación, para merecer el calificativo de militantes de la vida nueva. Pero para medir con exactitud el valor de la conducta sólo hay una manera, que consiste en apreciar las consecuencias tangibles de la acción individual o colectiva y su verdadera importancia histórica.



El régimen capitalista prevalecerá todavía alrededor de un cuarto de siglo, como sistema determinante de la vida internacional. Esta no es una profecía, sino una afirmación basada en el cálculo de probabilidades, tomando en consideración los factores que actúan en la crisis histórica que estamos viviendo \*. No obstante, muchos individuos, que han pasado por la escuela, obran como si el sistema capitalista tuviera asegurada la eternidad, y educan a sus hijos para que actúen dentro de ese régimen que ya no existirá cuando lleguen a la plenitud intelectual de su vida. Este es un caso de subjetivismo típico. Otros, que se consideran antimperialistas, enemigos de la última fase del régimen capitalista, trabajan dentro del poder público o fuera de él, tomando en cuenta, exclusivamente, su posición interior, sin valorizar las consecuencias de su conducta. Pero si ésta sirve objetivamente a la lucha antimperialista, tales personas merecen el calificativo de socialistas o comunistas; si eso no ocurre, serán subjetivamente antimperialistas y, en la práctica, servidoras del mantenimiento del régimen burgués. Otros, por último, cuando por la posición que tienen influyen en la opinión de su pueblo o en la opinión internacional, deben ser juzgados sólo por la importancia histórica que tenga su posición ideológica y su conducta práctica. Si su pensamiento o su actitud ayudan a acelerar el desarrollo social en el sentido del progreso, nacional o mundial, son acreedores al calificativo de factores en la construcción de una sociedad nueva; pero si su conducta contribuye, de cualquier modo a sostener el régimen social que prevalece, no podrán ser calificados sino de políticos subjetivos.

Lo objetivo y lo subjetivo, cuando coinciden, producen, lógicamente, ideas y actos tendientes a la conservación de la situación que existe; pero que está cambiando. Si lo subjetivo no corresponde con la realidad, pero se halla adelante de la realidad, dentro del cauce de las leyes naturales, como una contribución al cambio de la vida social injusta,

---

\*NOTA DEL EDITOR

El cálculo de probabilidades se hace tomando como base las condiciones iniciales. En el tiempo del autor esas condiciones eran muy distintas a las actuales (2008). Existía, entre otras cosas, un mundo bipolar que desapareció en 1989. Por eso el cálculo temporal que hace es inexacto pero no falso.

el subjetivismo corresponde a la realidad del futuro. En el primer caso se trata de un subjetivismo negativo y, en el último, de un subjetivismo que contribuye a la desaparición de lo que históricamente debe morir y es, de hecho, un realismo socialista.

Jean Paul Sartre, el filósofo de la doctrina existencialista, y Howard Fast, el escritor norteamericano, para citar sólo dos ejemplos del género, son subjetivistas en el arte, porque son subjetivistas en política. Sartre vio sólo una parte pequeña de la realidad objetiva: la agonía de la sociedad burguesa y elevó el naufragio de esa clase social a la categoría de paisaje de la vida y del mundo. Después vio otra parte de la realidad: el mundo socialista, pero no entendió el antagonismo ideológico insoluble que existe entre esas dos formas de la existencia humana; creyó en su coexistencia material, pero como algo tranquilo e intranscendente, y regresó después a su cueva de pensador amargado. Fast creyó ser comunista durante algunos años, pero fue siempre un subjetivista; no comprendió el proceso de la lucha que existe hasta en el seno de la sociedad sin clases, por construir el socialismo, y menos todavía la necesidad de defender el mundo socialista de sus adversarios interiores y de afuera, de manera resuelta, sin transacciones. Por eso no se puede decir que regresó, ideológicamente, de la filosofía marxista al idealismo, sino que nunca traspuso los linderos del subjetivismo.

Los primeros que se pierden para el porvenir en nuestro tiempo son algunos intelectuales que, repitiendo la tesis platónica de la sofocracia, sin saberlo, se consideran el eje del mundo, los llamados por el destino para guiar, sin que nadie se los haya pedido, a la humanidad doliente. Pero a su lado los intelectuales verdaderos, los que piensan y practican su pensamiento, los que meditan en la transformación del mundo y son fieles con sus actos a su doctrina filosófica, elevan su estatura de tal modo que se les puede ver desde cualquier punto de la Tierra.

## LECCIONES DE POLÍTICA PARA PÁRVULOS

### I. EL CONCEPTO DE PUEBLO

En la sociedad basada en la propiedad privada de los instrumentos de la producción económica, el pueblo, considerado como una fuerza homogénea, con conciencia común para el propósito de gobernar a su país de acuerdo con principios aceptados por todos, no existe. La creencia en el pueblo como categoría política indivisible fue una creación de los ideólogos que prepararon la revolución democrático-burguesa durante el siglo XVIII, para destruir el régimen feudal basado en restricciones y prohibiciones a las diversas actividades humanas, desde las económicas hasta las del pensamiento. El lema de "Libertad, Igualdad y Fraternidad", de la Revolución Francesa de 1789, y el de "Gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo", de la Revolución democrática de los Estados Unidos de Norteamérica contra las intolerancias que caracterizaban a Inglaterra y contra el sistema esclavista de su propio país, tuvieron sólo el valor de proclamas para movilizar a las masas populares contra las ideas conservadoras; pero estaban condenadas al fracaso como normas de la vida social. Porque los propietarios de la tierra, de las fábricas, de los transportes y del crédito, constituyen la fuerza social dominante en el campo económico y son también los que dominan, directa o indirectamente, la vida política. Las dos clases sociales, la propietaria del capital, representado por los medios de la producción, y la proletaria, representada por la

---

Artículo publicado en la revista *Siempre!*, num. 273. México, D. F., 17 de septiembre de 1958. Véase VLT, *Escritos en Siempre!*, tomo I, vol. 2, pag. 688. Ediciones del CEFPSVLT. México, D. F., 1994.

gran mayoría que sólo cuenta para vivir con el pago de su trabajo, que señala la primera, persiguen fines diversos, antagónicos y viven en perpetua lucha. No pueden, en consecuencia, gobernar juntas. Desde el punto de vista teórico, un gobierno que llevara a su seno la lucha de clases sería inconcebible y, considerado como realidad práctica, no se conoce en la historia.

La doctrina liberal, la partidaria de la libertad y de la igualdad entre los hombres, ahondando en el análisis del concepto de pueblo, concretó la significación política de éste en el conjunto de los ciudadanos, de los hombres, y después las mujeres, que al llegar a la edad de la reflexión pueden actuar con conciencia plena de sus derechos. Pero aun así la situación no cambia, porque los ciudadanos propietarios del capital forman la fuerza económica y política dominante, en tanto que los ciudadanos proletarios, aun cuando son la mayoría, carecen de poder eficaz para hacer prevalecer sus intereses y sus ideas por encima de la clase que maneja el Estado.

Los partidos políticos son los órganos de expresión teórica y de acción práctica de las clases sociales. No hay partidos que representen a todas las clases y a todos los ciudadanos, y si lo pretendieran no tendrían más importancia que la que poseen los grupos de ignorantes que confían en la ignorancia de otros para subsistir. Se pueden disfrazar de mil modos, pero su apariencia no cambia su contenido, porque lo que substancialmente define a un partido no es siquiera la ubicación social de sus integrantes, sino los intereses de clase a los que sirve, la ideología de clase que sustenta.

En los países capitalistas que han logrado un gran desarrollo material, los Estados Unidos, la Gran Bretaña, Francia, Italia, el Japón, los nombres de los partidos políticos confunden todavía a muchos. Se llaman liberales algunos de ellos y son los que representan a los monopolios que anularon la libre competencia. Se declaran demócratas y son los que dividen al pueblo y a los ciudadanos según el color de su piel. Se titulan republicanos y son partidarios del fascismo, que es el régimen dictatorial del capital financiero, que impone por la violencia su tesis del dominio de los privilegiados sobre los económicos y socialmente débiles. Se proclaman socialistas, partidarios de la socialización de la propiedad, de la supresión de la propiedad privada, y

---

son los más enconados enemigos de los países en los que el socialismo se halla establecido. Se dicen los herederos de los derechos del hombre, cuya denotación alcanza a los pueblos, y son los más feroces enemigos de la independencia nacional de los pueblos coloniales. Los partidos políticos en las grandes naciones capitalistas, cuyas clases sociales hace mucho tiempo están bien estructuradas, o sirven a la clase capitalista o a la clase trabajadora. Esto quiere decir que defienden no sólo los intereses circunstanciales de una u otra clase social, sino también su manera de entender la vida económica, cívica y cultural, las relaciones y la forma de resolver los conflictos internacionales, y el desarrollo general histórico. La integración del Parlamento o del Congreso y la manera de actuar de sus miembros, es la mejor prueba de esta realidad que nadie se atrevería a discutir.

Entre nosotros, los países semicoloniales, con supervivencias del pasado feudal, la situación no difiere medularmente de la que guardan las grandes potencias capitalistas. Aunque las clases sociales no están todavía suficientemente estructuradas, a causa del escaso desarrollo económico y del analfabetismo de la mayoría de la población, los partidos políticos representan también a las diversas clases de la sociedad. Pero se emplea más la confusión como medio de propaganda, porque la ignorancia es mayor que en los países desarrollados. Se habla constantemente del pueblo. Se le invoca para proteger los intereses de la minoría; para reducir los salarios y el poder de compra de las masas trabajadoras rurales y urbanas; para anular o restringir en la práctica los derechos sindicales y las libertades democráticas; para conculcar el voto de los ciudadanos; para solicitar la intervención del extranjero en la vida económica nacional; para perpetuar en el poder a los sectores de la burguesía burocrática o especuladora que oscila siempre entre las demandas de los incipientes capitales nacionales y la presión de los monopolios del exterior.

El pueblo existe como categoría sociológica, pero no como unidad electoral. El pueblo se forma por las luchas de sus fuerzas partidarias del progreso, que van imponiendo sus ideas al conjunto, contra la voluntad de los vencidos. Se forma con el desenvolvimiento de las fuerzas productivas. Con la integración de los grupos puestos al margen por la discriminación material y cultural. Por la comunidad

---

de la lengua. Por la escuela y el libro. Por el respeto real a los derechos individuales y colectivos que permiten el debate ideológico y la movilización de las masas. Por la educación que realizan los organismos sociales y políticos. Por la difusión de las ideas que recorren el escenario del mundo, y por el venero inagotable de su poder de creación en todos los aspectos de la existencia.

Cada pueblo tiene su carácter, su psicología, su propia sensibilidad, que lo distingue de los otros pueblos, aun de aquellos con los cuales mantiene vínculos de parentesco histórico o semejanza por el grado de evolución en que se encuentra. Pero este sello inconfundible no es un don recibido en una distribución sobrenatural o mágica de tipos dentro de la especie humana. Muchos factores contribuyen a su formación, pero el principal es el combate de las fuerzas revolucionarias, que aceleran en su seno el paso de un estadio histórico a otro superior, aunque cuando surgen parezcan ineficaces por débiles. De ahí que los únicos partidos políticos que representan verdaderamente al pueblo, a la comunidad humana que busca su ascenso, sean los partidos avanzados, porque sirven a la clase social destinada a cambiar las normas caducas de la vida colectiva. De ellos es el futuro y no de los que se empeñan en el estancamiento social o en la transacción entre el ser y el no ser, entre el presente inestable y el porvenir lleno de firmes promesas. La época de hablar del pueblo en abstracto o de intentar defenderlo al margen de los partidos revolucionarios, pertenece al pasado.

Los únicos países en los que los miembros de los cuerpos legislativos pueden decir que hablan en nombre de todo el pueblo, en los que los gobernantes pueden afirmar que sirven a los intereses de todo el pueblo, son los países socialistas. Porque en ellos la sociedad no está dividida en clases, al haberse suprimido la propiedad privada de los instrumentos de la producción. La única clase social que existe es la trabajadora, compuesta por obreros, campesinos, profesionales, técnicos, investigadores científicos, maestros, funcionarios y artistas. Ella es la productora y, al mismo tiempo, la propietaria de la riqueza. El pueblo, como categoría sociológica y como categoría electoral se confunden, porque ha desaparecido la causa del antagonismo entre los integrantes del pueblo: la apropiación individual de lo producido por

el trabajo del conjunto social. En el sistema socialista, la libertad, la igualdad y la fraternidad no son un lema, sino realidad viva. Sólo en él puede decirse que el gobierno es del pueblo, por el pueblo y para el pueblo.

## LECCIONES DE POLÍTICA PARA PÁRVULOS

### II. ESTRUCTURA DEL PUEBLO MEXICANO

Los pensadores idealistas del siglo pasado, que crearon la sociología como una disciplina dedicada a explicar los fenómenos sociales, no hicieron de ella una ciencia, sino una teoría falsa que pretende analizar la evolución humana utilizando los efectos y no las causas del proceso histórico. Esos sociólogos empezaban por la investigación de las instituciones políticas y jurídicas, dando a éstas el valor de fundamentos esenciales de desarrollo social, hasta llegar a la afirmación de que las relaciones sociales se establecen voluntaria y conscientemente por los hombres. La verdad es la opuesta: lo que determina el proceso social es el grado de crecimiento de las fuerzas productivas, humanas y técnicas, y las relaciones de producción, es decir, el progreso de la producción económica y la forma en que esta producción se distribuye en el seno de la sociedad. Este hecho es el que determina el carácter de las instituciones jurídicas y políticas y, también, en su parte medular, las otras manifestaciones de la vida colectiva, como la educación y la cultura. Por eso no se puede hablar de la sociedad en términos abstractos, ni pretender darle a esa sociedad inexistente explicaciones válidas para las diversas sociedades concretas que han constituido los hombres en el planeta que habitamos.

El único medio válido para juzgar la situación en un país, es el de estudiar el grado concreto en que se encuentran sus fuerzas produc-

---

Artículo publicado en la revista *Siempre!*, num. 274. México, D. F., 24 de septiembre de 1958. Véase VLT, *Escritos en Siempre!*, tomo I, vol. 2, pag. 692. Ediciones del CEFPSVLT. México, D. F., 1994.



tivas y la forma concreta también en que la producción se distribuye entre quienes concurren a crearla. Partiendo de esta base se pueden hacer explicaciones justas, científicas, sobre el panorama que presentan las otras manifestaciones de la sociedad, como la organización jurídica, la vida política, las creencias religiosas, la educación y el arte.

La estructura del pueblo mexicano consiste en los siguientes factores. Somos un país que ha iniciado su desarrollo industrial, apoyado en una agricultura atrasada. El campo mexicano conserva todavía muchas de las formas de trabajo y de producción de su pasado semifeudal, que se mezclan con las nuevas unidades de producción agrícola de tipo capitalista. Los campesinos sin tierra aumentan todos los años, tanto por el crecimiento demográfico cuanto porque la industria no puede absorber la mano de obra sin empleo. La industria manufacturera no descansa en el crecimiento sistemático de la industria básica; depende de la importación de máquinas, herramientas y aun de materias primas provenientes del extranjero. La formación de los capitales nacionales tropieza con el cada vez más fuerte obstáculo de la inversión de los capitales extranjeros, que se han adueñado de las principales industrias, de parte considerable del comercio interior e internacional de nuestro país, y que están penetrando en el sistema bancario y exportan sus ganancias. En estas condiciones, el desarrollo económico tiende a descender por su deformación, y la renta nacional se distribuye de una manera cada vez más injusta. La política económica del Estado, en el último cuarto de siglo, se ha orientado hacia el desarrollo de la producción por la producción misma, sin tomar en cuenta el crecimiento del capital nacional y la elevación del nivel de vida del pueblo. Es una política preocupada por aumentar las inversiones, especialmente las extranjeras, a costa del consumo.

La radiografía de la estructura de nuestro país explica con gran claridad la formación de las clases y subclases sociales que constituyen la sociedad mexicana: cincuenta mil familias participan de la renta nacional con un ingreso superior a 300 mil pesos por familia cada año. Doscientas mil familias obtienen entre 50 y 100 mil cada una. Un millón de familias reciben entre 5 y 15 mil pesos y siete millones de familias sólo logran un ingreso que oscila entre mil y tres mil pesos anuales.

Las instituciones jurídicas, políticas, sociales y culturales están ligadas, de manera inevitable, a esa situación. No pueden eludir la realidad dramática ni pueden actuar al margen de ella. Los partidos políticos, especialmente, tienen el deber no sólo de pronunciarse por el mantenimiento de las cosas como están, o por su radical transformación, y así lo hacen, con su palabra o con su silencio.

Ante las condiciones concretas de la vida de México, ningún partido político puede hablar, en términos generales, del pueblo, ni tampoco de la Revolución, sin expresar sin ambages a qué sectores de la sociedad representa, a cuál grupo de las familias en que se divide la comunidad nacional defiende y, en última instancia, cuáles son sus objetivos inmediatos y sus metas posteriores.

Se dice que el PRI, el Partido Revolucionario Institucional, representa a la mayoría del pueblo mexicano. Pero sabemos que están afiliados a él los representantes del breve grupo de familias que recibe más de 300 mil pesos anuales y, al mismo tiempo, algunas de las familias que sólo reciben entre mil y tres mil pesos. Lo importante, sin embargo, es saber si lo que prevalece en el PRI es la defensa de los primeros o de los segundos de sus miembros. A este respecto, no hay duda de que no son precisamente los intereses de los siete millones de familias que se hallan en la miseria las que han formado la ideología y deciden la acción del partido del gobierno.

El PAN, el Partido Acción Nacional, reclama como propia la mayoría de los ciudadanos de la República. Pero esta es una simple afirmación verbal. El programa de ese partido está inspirado, exclusivamente, en la defensa de los intereses de las cincuenta mil familias privilegiadas.

El Partido Popular representa, sin duda alguna, los intereses de los siete millones de familias miserables y del millón de familias mexicanas que viven en la pobreza, con exclusión de los que constituyen los primeros dos grupos que reciben la mayor parte de la renta nacional.

Representar los intereses de una clase, de un sector de la sociedad mexicana, significa tener una concepción filosófica y política de la realidad, y una línea estratégica y táctica ajustada a esa concepción, que se expresan en el pensamiento y en la acción de los partidos. Ante una realidad concreta no puede haber ideología evasiva o confusa. Tampoco una estrategia vacilante ni una táctica sin principio ni fin. La

elocuencia de un partido político consiste en la precisión de sus ideas, en el conocimiento de sus aliados posibles y de sus adversarios verdaderos, y no en el grado de inspiración o en la facilidad de palabra de quienes lo constituyen y dirigen. Porque desde que el socialismo científico puso de cabeza a la sociología idealista, subjetiva, explicando que las superestructuras de la sociedad no constituyen su meollo, sino sus expresiones derivadas, la sociología se convirtió en disciplina irreprochable, y la política, que de ella misma adquirió el valor de una ciencia merecedora de este nombre, como la matemática, la física, la química, la biología o la psicología.

El gran dilema de nuestro tiempo para los partidos políticos consiste en optar entre la transformación subjetiva de la estructura de la sociedad mexicana, que por ser únicamente sentimental se convierte en discurso, y la transformación profunda de esa estructura, presentando formas concretas para lograr el propósito. Partido que no se defina ante el dilema, es un partido que podrá imponer su decisión si cuenta con el poder del Estado, pero por poco tiempo y sin contar con el apoyo de las masas populares. Será un partido transitorio y condenado a morir sin remedio. Además, aunque diga lo contrario, será un partido al servicio de la injusticia y servidor de un sector privilegiado de la sociedad.

Hemos entrado ya en la etapa de los partidos políticos. La época de los francotiradores pertenece al pasado, aunque todavía existen algunos de sus pintorescos ejemplares. Día llegará en que los ciudadanos de nuestro país, que se encuentran al margen de los partidos en su mayoría, ingresen en los organismos cívicos que representen su pensamiento y sus intereses concretos. Trabajar por esta finalidad es un gran servicio que se presta al bienestar del pueblo, al progreso del país y a la independencia de la nación.

## LECCIONES DE POLÍTICA PARA PÁRVULOS

### III. LA NACIÓN Y EL ESTADO

La sociedad humana no ha tenido el carácter de una nación en todas las épocas de su desarrollo. Para que una nación exista es indispensable que sea una comunidad estable, históricamente formada, de territorio, vida económica, idioma y psicología, que se manifiesta en la comunidad de cultura. Esta definición, de José Stalin, es certera porque corresponde a la evolución de la sociedad y ha sido confirmada por los hechos. La nación se constituye cuando por el proceso mismo de la comunidad se reúnen en ella las condiciones señaladas. Por eso surge hasta la época del ascenso del régimen capitalista, victorioso sobre la estructura, las instituciones y las ideas del sistema feudal. El Estado, en cambio, considerado como poder que rige la sociedad, es tan antiguo como la historia de la comunidad humana. Cuando ésta pasa del comunismo primitivo —con el cual termina la prehistoria, régimen en el que todos se ven obligados a trabajar juntos y a distribuir por igual lo logrado en común, debido a lo rudimentario de sus útiles de trabajo y a su ignorancia casi completa de los fenómenos de la naturaleza— y llega al periodo de la esclavitud, que es el primer sistema social que utiliza las fuerzas productivas, humanas, en provecho de una minoría, es decir, cuando nacen la propiedad privada de los instrumentos de la producción económica y con ella las clases sociales —la propietaria y la no propietaria— el antagonismo entre los

---

Artículo publicado en la revista *Siempre!*, num. 275. México, D. F., 1 de octubre de 1958. Véase VLT, *Escritos en Siempre!*, tomo I, vol. 2, pag. 696. Ediciones del CEFFPSVLT. México, D. F., 1994.

intereses de las clases crea el poder, aparentemente colocado por encima del conflicto, para evitar que la comunidad se destruya. Pero es sólo aparente la neutralidad del Estado porque influye sobre él, de manera decisiva, la clase social dominante, la beneficiaria del sistema de producción. Los cambios que se operan en la dirección del Estado y en sus funciones, son los cambios que ocurren en la correlación de las fuerzas sociales.

Lo anterior significa que el Estado es tan antiguo como las clases en que se divide la sociedad, y que su tarea ha consistido en servirle a la clase más poderosa en las diversas etapas de la evolución, en tanto que la nación es un producto histórico moderno. Los Estados de la Antigüedad clásica no descansaban sobre la existencia de naciones. Eran comunidades esclavistas, con fuertes supervivencias de la vida tribal. Las ciudades del Renacimiento tampoco eran naciones. En la Europa Occidental, al formarse y organizar sus instituciones jurídicas y políticas, las naciones se convirtieron en Estados independientes. Pero las que aparecen después de que las primeras habían ya consolidado y acrecentado su fuerza sin graves impedimentos, tropiezan con el obstáculo de esas grandes naciones, gobernadas por su clase económicamente superior que se halla a la cabeza del Estado. Entonces y, sobre todo, cuando las potencias capitalistas llegan al periodo del imperialismo, de su expansión sobre los países atrasados, las naciones entran en lucha también: las débiles contra las fuertes, defendiendo su independencia, y las que han cuajado ya, pero carecen de autonomía, contra las metrópolis que deben su bienestar y su progreso, en buena parte, a la explotación de los pueblos que aspiran a la independencia.

El México anterior al descubrimiento de América no estaba constituido por una o varias naciones. Sus habitantes vivían agrupados en tribus que empezaban apenas a salir de la etapa del comunismo primitivo. No existía la propiedad privada de los instrumentos de la producción económica. No había, en consecuencia, clases sociales antagónicas. El Estado no había nacido. El gobierno de las tribus y la división del trabajo se establecían de acuerdo con normas tradicionales que obedecían a vínculos de parentesco entre los miembros de la comunidad. En estas circunstancias fue conquistado por repre-

sentantes de la España del siglo xvi, cuya estructura económica y política era la del feudalismo. Los pobladores del vasto territorio fueron sometidos a la esclavitud, disfrazada con diversos nombres, y el país recibió el título y el tratamiento de colonia de la monarquía española. De la mezcla de las dos razas, más la negra de los esclavos importados por los conquistadores para ciertas tareas, empezaron a formarse la población mestiza y, en el curso de tres siglos que duró el régimen colonial, las condiciones geográficas, económicas, lingüísticas, psicológicas y culturales que provocarían la revolución de los albores del siglo pasado, por la libertad de la nación mexicana. Al imponer en nuestro país las instituciones que regían la vida del suyo, la propiedad privada de los medios de la producción, entre otras, los españoles dividieron a la sociedad en clases. La lucha entre éstas, en las distintas etapas de la evolución del pueblo mexicano, como en todos los pueblos del mundo, fue y sigue siendo el motor del progreso y de la verdadera independencia nacional.

La rebelión de los esclavos contra los encomenderos; de los criollos y mestizos contra los peninsulares; de los peones y rancheros contra los hacendados; de los sacerdotes ligados al pueblo contra el alto clero; de los agricultores y artesanos contra los comerciantes, y de la población nativa en su conjunto contra el sistema de opresión colonial, caracterizado por el saqueo de los metales preciosos y otros recursos naturales, por el monopolio de la administración pública, de la educación superior y de la carrera de las armas, en beneficio de los representantes de la Corona, más el estancamiento de las fuerzas productivas y el enorme poder económico y político de la Iglesia, constituyen la causa de las grandes convulsiones sociales de la primera mitad del siglo xix. La nación se organiza jurídicamente con la Constitución de 1857, y surge el Estado como una república federal, representativa y democrática. Pero apenas comienza a vivir en paz, después de las guerras con los Estados Unidos y Francia, y de la profunda guerra civil que da la hegemonía política al movimiento liberal, la nación se convierte en objetivo de los capitales foráneos, norteamericanos y europeos, que invierten en nuestro territorio para explotar sus riquezas y el trabajo de sus hombres. El imperialismo no destruye el carácter semifeudal del país; se asocia a la clase dominante y, entre

ambos, crean las premisas para la revolución democrático-burguesa de 1910.

Y nos hallamos todavía en plena batalla por la integración de la nación mexicana y por su progreso independiente. Nuestra comunidad social hace tiempo es estable; posee un territorio definido, pero su economía no es el fruto de todas las gentes aptas para el trabajo; no constituye un solo mercado y éste se desarrolla en parte principal por la intervención de factores extraños. De una población total, en 1956, de 30 millones 538 mil individuos, la económicamente activa sólo llega a 9 millones 881 mil, y la inactiva asciende a 20 millones 657 mil personas. Un sector importante de la sociedad, el que representan los núcleos indígenas que han conservado sus formas tradicionales de vivir, se sustenta de una producción dedicada a su propio consumo, substrayéndola del mercado nacional. La capitalización interior sigue un ritmo cada vez más lento por el desarrollo de las inversiones extranjeras. Ochenta de los negocios creados por ellas habían percibido ya, en 1951, seis mil quinientos millones de pesos por concepto de ventas, superando para ese año en un 33 por ciento los ingresos del gobierno federal, y siguen creciendo a expensas de las industrias nacionales, controlando las actividades clave de la economía del país. Hay cerca de cuatro millones de personas que hablan las lenguas vernáculas y que no se han incorporado en la comunidad espiritual de la nación ni en la cultura.

Esos hechos explican por qué el nacionalismo de México no tiene el mismo carácter que el nacionalismo de las potencias capitalistas. Nosotros somos una nación oprimida. Las otras son naciones opresoras. Por eso el gran problema de esta época es el de lograr el progreso con autonomía, el desarrollo económico sin la intervención perturbadora de los capitales extranjeros. De 1917, concluida la fase violenta de la Revolución, hasta hoy, el Estado ha pasado en nuestro país de las manos de la pequeña burguesía urbana y rural, que encabezó la lucha armada contra la dictadura, y que estaba ligada a las grandes masas populares, a las manos de la burguesía burocrática, constituida por antiguos y nuevos elementos políticos que postulan la teoría de que el poder debe amortiguar la lucha entre las clases sociales antagónicas y la lucha entre el gran sector nacionalista y las fuerzas del

imperialismo. A la "conciliación" de las clases sociales y de la nación con el imperialismo se le llama el "orden social". Al compromiso entre la minoría que recibe de la renta nacional casi el noventa por ciento y la gran mayoría que vive subalimentada, enferma e ignorante. A la aceptación del implacable control de la economía por las inversiones del exterior frente a la protesta de los capitales mexicanos que el poder público no oye.

La lucha de los partidos políticos y organizaciones sociales de carácter democrático ha de consistir en la conquista de la independencia económica de la nación, sin la cual la independencia política se halla siempre en peligro. Pero no se podrá lograr sin un gran movimiento en el que participen de un modo activo, consciente e infatigable, los grandes sectores de la nación, el proletariado y los campesinos. La burguesía, aun la que se enfrenta a la invasión del capital extranjero, es propensa a la claudicación y al abandono de la lucha. La Revolución Mexicana tiene objetivos domésticos: el paso de la agricultura primitiva a la industrialización; el tránsito del gobierno personal al gobierno de las diversas corrientes de opinión constructiva y patriótica. Su meta hacia afuera consiste en que nuestro país no dependa de un solo mercado, en difundir al máximo su comercio exterior y en ampliar sus relaciones amistosas con todos los pueblos del mundo, especialmente con aquellos semejantes al nuestro y con los que no ven en nuestro país un predio sirviente para sus intereses, opuestos a la convivencia pacífica de todas las naciones y a la liquidación de la querrela milenaria entre el hombre y la naturaleza, y entre el hombre y el hombre.



## LECCIONES DE POLÍTICA PARA PÁRVULOS

### IV. ESTRATEGIA Y TÁCTICA

En un país semicolonial como México, que ha entrado ya en la etapa de su desarrollo industrial y que está situado en la frontera de la potencia imperialista más grande de la historia, la lucha social tiene dos formas bien definidas: la lucha de la clase trabajadora contra la clase capitalista, y la lucha de la nación contra la intervención en su vida interior de los monopolios norteamericanos. Esta doble lucha no encierra contradicción ninguna ni se libra exclusivamente en el seno de México. Es característica de todos los países que se hallan en el mismo periodo de evolución económica y política que el nuestro.

La lucha de clases presenta múltiples e interesantes aspectos, porque se han creado ya los consorcios que dominan el mercado doméstico y el comercio exterior, tanto por los capitales nacionales cuanto por los extranjeros, y subsisten todavía formas y relaciones de producción correspondientes al pasado. Sin analizar esos aspectos, que serían materia de una obra voluminosa, su simple mención basta para advertir su complejidad e importancia. La contradicción más visible es la que se entabla entre los campesinos sin tierra y los particulares que la poseen y viven de su producto sin trabajarla. Esta contradicción afecta no sólo al consumo nacional, porque aumenta el número de los obreros agrícolas y disminuye el de los agricultores independientes, que tienen mayor poder de compra que los otros, sino también porque

ese impresionante ejército de desocupados gravita sobre la población económicamente activa y representa, además, una reserva de mano de obra que hace difícil el alza de los salarios y el aumento de las prestaciones de los obreros y de los demás sectores de la clase trabajadora urbana. Otra contradicción la constituyen los intereses de los auténticos pequeños y medianos agricultores y ganaderos, opuestos a los de los terratenientes y ganaderos ricos, que compran la producción de los económicamente débiles de tal modo que los convierten, de hecho, en sirvientes suyos. Otra contradicción es la que crea el otorgamiento del crédito usurario de los comerciantes a los productores modestos del campo, y el esfuerzo de éstos, que en su inmensa mayoría no logran el que dan los bancos del Estado dedicados a ese servicio. Otra contradicción es la que representan las necesidades de los núcleos de indígenas que viven de una producción dedicada a su propio consumo, al llevar al mercado sus sobrantes y sus obras de valor folclórico, y el afán de lucro de quienes las compran a precios tan bajos que contribuyen al mantenimiento del miserable nivel de vida de ese sector del pueblo. Otra contradicción la forman la producción de los artesanos y la de los fabricantes modernos, que va liquidando lenta, pero irremediabilmente, a esa antigua subclase social. Otra contradicción es la que se produce entre los empleados, obreros, técnicos, maestros, profesionistas y funcionarios menores y, en general, entre los servidores públicos y el Estado en su carácter de patrón. Otra contradicción, por último, es la que surge entre el proletariado y la burguesía, y que en México tiene un sello propio, porque la burguesía está dividida en dos grupos: el de la burguesía nacional, integrada por capitalistas sin ligas de dependencia con el extranjero, y el de la burguesía mexicana sometida o asociada a los capitalistas del exterior. Todas esas contradicciones y otras que derivan también de la actual estructura económica de nuestro país, son formas de la lucha de clases.

La lucha de la nación contra el imperialismo tiene diversas e importantes características que, aun cuando son inherentes a todo país en un grado de evolución semejante al nuestro, por causas históricas y geográficas especiales, algunas de ellas son propias de México. La contradicción más evidente, creada por las exigencias de los monopolios norteamericanos y por la ausencia de una política económica

nacional acertada, es la que existe entre la deformación de nuestra producción y las necesidades del consumo interior. Una parte considerable de la producción económica de nuestro país puede considerarse como supletoria del mercado de los Estados Unidos, cuando la suya no basta a cubrir sus necesidades, y otra parte puede calificarse de complementaria, porque se trata de artículos propios del clima de nuestro país. En los dos casos esa producción no forma parte de nuestro mercado interior y está controlada por los compradores extranjeros que determinan su volumen y su valor sin tomar en cuenta los intereses de México. Otra contradicción es la que representan los precios de nuestras importaciones y exportaciones, y el déficit permanente de nuestra balanza comercial y de nuestra balanza de pagos, para cubrir el cual es forzoso que nuestro pueblo haga sacrificios considerables. Otra contradicción es la que se crea entre las inversiones extranjeras y la urgencia de formar el capital nacional, que aquéllas hacen imposible, entre otros motivos por la exportación de sus ganancias. Otra contradicción es la que engendran la propiedad y el manejo de nuestras industrias básicas en poder de extranjeros, exceptuando el petróleo, y el desarrollo de las industrias de transformación que debe apoyarse en la producción nacional de máquinas, herramientas y repuestos. Otra contradicción es la inversión de capitales foráneos en la industria manufacturera que detiene el crecimiento de la industria nacional, por la competencia en nuestro propio mercado, difícil de resistir, o por la compra de las fábricas ya establecidas. Otra contradicción es la intervención del capital extranjero en el comercio interior, que lleva directamente al acaparamiento de las materias primas y, como consecuencia natural, al monopolio de diversas ramas de la economía antes en poder de mexicanos.

Fuera de las contradicciones en el terreno económico, las hay también en otros órdenes de la vida de nuestro país, que tienen nada menos que el carácter de contradicciones entre los intereses del imperialismo y la cultura o la soberanía de la nación. Ejemplos de ese antagonismo son los subsidios que otorgan los círculos gobernantes de los Estados Unidos a la casi totalidad de los órganos de la prensa mexicana; los subsidios a las universidades de nuestro país, con el pretexto de realizar determinadas investigaciones o de publicar algu-

nas obras; las becas dadas a los estudiantes de distintos grados de la enseñanza para ir al país vecino a completar sus conocimientos o a adquirirlos desde un principio, y los subsidios dados a ciertos líderes obreros a través del aparato sindical norteamericano, que tiene como propósito la orientación de las relaciones obrero-patronales en el interior de México y, principalmente, de las relaciones sindicales internacionales. Esta intervención, más la influencia de carácter ideológico y psicológico que representan el turismo yanqui, el cine de Hollywood y la publicidad que se lleva a cabo a través de la radio y la televisión, contribuyen a despersonificar la tradición mejor de nuestro pueblo y el perfil hasta hace poco inconfundible de la nación mexicana. En otro aspecto, la protección diplomática a los intereses norteamericanos en nuestro territorio, que se alega todos los días a pesar del texto expreso de nuestra Constitución; la intervención de la policía yanqui en los asuntos internos de México y la presión diplomática para que nuestro país secunde sin protesta la política internacional del gobierno de Washington, son también factores que representan una contradicción entre la nación y el imperialismo.

La estrategia consiste, lo mismo tratándose de las luchas políticas que de los conflictos armados o económicos, en aumentar las fuerzas propias y el número de los aliados. Consiste, por tanto, en tratar de disminuir las fuerzas del adversario y restarle al máximo sus aliados posibles. Respecto de la lucha de clases, no sólo la teoría, sino la experiencia viva, la estrategia consiste para la clase trabajadora y los partidos que la representan, en unir al proletariado, a los campesinos y a los demás sectores explotados del pueblo, en acciones comunes para lograr reivindicaciones reclamadas por todos ellos. Esta unidad en la acción es la única que puede conducir a la clase trabajadora a la reconstrucción de la unidad orgánica, perdida hace ya largos años en México. En cuanto a la estrategia relativa a la lucha de la nación contra el imperialismo, la alianza de los sectores afines, concreta o permanente, es la aconsejable. Por sectores afines debe entenderse los que chocan contra los intereses y propósitos del imperialismo. En la lucha de clases la alianza es más fácil, porque se trata de sectores de una sola clase social, que no tienen contradicciones internas. En la lucha contra el imperialismo la alianza es más difícil, porque se trata de sectores

afines sólo en la acción común por la independencia económica de nuestro país, que tienen contradicciones entre sí por estar formados por clases sociales antagónicas. Este hecho no impide, sin embargo, la acción común, como también la experiencia lo ha probado en numerosos casos de importancia a lo largo de nuestra historia.

La táctica consiste en saber emplear, en el momento oportuno, las fuerzas propias y las aliadas, para alcanzar los objetivos que se persiguen. Los partidos políticos y las organizaciones sociales tienen la mayor responsabilidad en esta materia.

## LECCIONES DE POLÍTICA PARA PÁRVULOS

### V. LA PERSPECTIVA

Todo partido político se constituye, fundamentalmente, con el fin de llegar al poder, aun cuando tal posibilidad no exista desde luego. Por esta causa, un verdadero partido debe saber con precisión cuáles son sus objetivos inmediatos y sus objetivos futuros. Porque si se ocupa sólo del presente y limita su lucha al logro de finalidades próximas, sin pensar en el desarrollo histórico, no sólo carece de perspectiva, sino que hasta la solución que proponga para las cuestiones del momento en que actúa carece de trascendencia, ya que en la sociedad, bajo cualquier régimen en que se encuentre, los hechos y las ideas corresponden a algo que está siendo y dejando de ser al mismo tiempo. Esto significa que el programa de un partido político debe encerrar demandas para etapas sucesivas, de acuerdo con su propia concepción de las transformaciones que debe sufrir el sistema social establecido.

Los partidos políticos en México están apenas en la primera etapa de su desarrollo, porque la estructura económica del país se halla en el comienzo de su desenvolvimiento industrial. Las clases sociales se están definiendo paralelamente a la economía de la nación, que hasta hace unos cuantos años tenía como características el régimen de los latifundios, la agricultura arcaica y el peonaje, que implicaban la existencia de la servidumbre rural próxima a la esclavitud, sobre la cual

---

Artículo publicado en la revista *Siempre!*, num. 277. México, D. F., 15 de octubre de 1958. Véase VLT, *Escritos en Siempre!*, tomo I, vol. 2, pag. 704. Ediciones del CEFPVL. México, D. F., 1994.

era imposible el surgimiento de los partidos. A esto se debe que aún hoy ciertos partidos políticos y, especialmente, el que depende del gobierno, se preocupen de los problemas insolutos sólo con relación a las cuestiones inmediatas y para periodos muy breves. Esta falta de horizonte es la que contribuye, en gran parte, a las graves fallas de la administración pública, de la vida democrática y de las relaciones internacionales, pues cada seis años el grupo de hombres que llega al poder, como representantes de una misma clase social, más que como exponentes de un partido, pretenden, consciente o inconscientemente, iniciar la historia de México.

Examinemos los objetivos cercanos y futuros de los partidos políticos que existen. El PRI es un partido sin metas para mañana, por carecer de un programa permanente, ya que sólo al iniciarse un nuevo periodo presidencial fija sus objetivos, pero no por su propia concepción de las cosas, sino como instrumento electoral del gobierno. Se dice que las reivindicaciones del PRI son las que señalan la Constitución de la República y los ideales de la Revolución Mexicana, pero es evidente, para cualquiera que medite un minuto en lo que encierra tal afirmación, que no hay detrás de ella nada que se asemeje a una noción clara de propósitos ligados a la proyección histórica. En primer lugar, porque la Constitución no es un programa, sino un conjunto de normas jurídicas acerca de la organización del Estado y de sus funciones en relación con los derechos individuales y colectivos. Lo mismo se aplica a los ciudadanos, que son los únicos que tienen derecho a asociarse para intervenir en la política, que a los que no son ciudadanos. Sirve también de código de deberes y derechos para los extranjeros que habitan en el país, o que se hallan en él de manera transitoria. Además, un partido que merezca este nombre debe ser creador de nuevas formas de la vida social, que no puede contener una Carta que se formula para dar valor obligatorio a las aspiraciones populares de una etapa concreta. La Constitución, para emplear el mismo símil que se usa respecto del PRI, puede decirse que es el programa de la nación mexicana, pero que no puede ser el programa de los ciudadanos que forman sólo una parte del pueblo y que no tienen una opinión común porque representan intereses de clases antagónicas.

En cuanto a los ideales de la Revolución, que el PRI asegura que forman, junto con la Constitución de la República, su programa permanente, si esos ideales no se precisan de manera periódica, tomando en cuenta la evolución económica y social, equivalen sólo a una serie de frases sin substancia. Porque los ideales de 1910, aun cuando en algunos aspectos siguen siendo los mismos, en otros carecen de actualidad. Por otro lado, han surgido nuevos ideales del movimiento revolucionario, porque las condiciones de México en el año de 1958 son distintas a las de 1910. En este último medio siglo ha cambiado más el mundo que en toda la historia de la humanidad. México se ha transformado también, pero no sólo por motivos propios, sino por los cambios que se han operado en el escenario económico y político de la tierra. Hace cincuenta años, por ejemplo, el régimen capitalista se hallaba apenas en el comienzo de su última etapa histórica, la del imperialismo, en tanto que hoy no se concibe sino como un sistema de concentración del capital, que ha liquidado la libre concurrencia y domina la vida económica a través de los monopolios. Hace medio siglo, el único sistema social que prevalecía en el mundo era el capitalista. Hoy hay dos mundos diferentes: el capitalista y el socialista. Este hecho es el más importante de todos, influye de manera decisiva, no sólo en las relaciones internacionales, sino en la conciencia de los pueblos y de su vanguardia: la clase trabajadora. Hace cincuenta años, la lucha contra la estructura económica y la forma de la vida social en nuestro país tenía pocos exponentes. En la actualidad, la lucha contra las supervivencias del pasado y las aspiraciones hacia un régimen social más justo, constituyen la opinión de la mayoría de nuestro pueblo. Y como el mundo cambia a un ritmo vertiginoso, es explicable que, como nunca, los mexicanos conscientes del actual momento histórico y de las transformaciones que se operan en el escenario mundial, se preocupen por las cuestiones inmediatas y por los objetivos que deben alcanzarse en el porvenir. Por todo esto es lógico terminar diciendo que el partido del gobierno actúa por inercia, carece de programa analítico para la actual etapa del desarrollo de nuestro país y no se preocupa por el futuro de México.

El partido conservador, el Partido (de) Acción Nacional tampoco tiene un programa que mire hacia adelante. Todo su empeño radica



en evitar que nuestro pueblo supere la etapa que vive dentro del marco del régimen capitalista, y adquiera una conciencia firme que le sirva para alcanzar un régimen social más avanzado.

Los partidos "registrados" por el gobierno durante los últimos años, —el Partido Nacionalista y el Partido Auténtico de la Revolución— como un regalo hecho por el poder público a determinados elementos influyentes en su seno, no sólo carecen de perspectiva, sino que no son verdaderos partidos políticos. Para servirme del lenguaje que todos los mexicanos manejan, se puede decir que la única diferencia que hay entre los elementos del PRI y los de esos dos partidos, es la que existe entre los empleados de base de la administración pública y los empleados supernumerarios.

El Partido Popular, en cambio, es el partido que tiene metas inmediatas y objetivos futuros. Para el porvenir, piensa en un régimen de democracia popular, de acuerdo con las condiciones peculiares de México, que será el único que pueda lograr, venciendo obstáculos, el progreso del país con independencia del extranjero, uniendo a las fuerzas sociales que aspiran al progreso autónomo de nuestra patria. Este propósito no se puede alcanzar de un día para otro. Es un proceso que principia por la unidad de acción de los elementos que constituyen la clase trabajadora, y por la unidad de acción de los sectores antimperialistas. En cuanto al futuro más lejano todavía, el régimen de la democracia popular servirá para conducir al pueblo, cuando éste lo decida voluntariamente y las condiciones internas y exteriores lo permitan, hacia el socialismo.

El Partido Comunista no es un partido "registrado", porque carece de 75 mil afiliados para poder participar con candidatos propios en las elecciones de funcionarios públicos, requisito anticonstitucional establecido en la ley de la materia. Pero, como su nombre lo indica, es un partido que piensa en la transformación del actual sistema social para llegar al socialismo. No ha expuesto las formas concretas de su lucha y de sus objetivos para la etapa de transición entre el capitalismo de hoy y el socialismo del porvenir.

El PRI y sus dos pequeños satélites, más el PAN, son partidos que no postulan el socialismo. Son, en consecuencia, partidos que preconizan el mantenimiento del régimen capitalista. El PP defiende la democracia

dentro del sistema capitalista, porque sin las libertades en que descansa, el pueblo no puede actuar con eficacia ni puede prepararse para alcanzar las sucesivas etapas progresivas que deben llevarlo al mundo nuevo de mañana.

Al leer estas reflexiones, algunos pensarán quizá, que la perspectiva trazada por nosotros es utópica. Sin embargo, las leyes que rigen el desarrollo social y los cambios realizados en el escenario del mundo, y los que están llevándose a cabo todos los días, demuestran que la utopía es la que acarician quienes creen que el régimen capitalista puede perdurar de manera indefinida. Don Luis Cabrera, el ideólogo de la primera etapa de la Revolución Mexicana, pocos meses antes de morir me dijo lo siguiente: "He meditado mucho acerca del futuro, porque yo me formé dentro de un concepto individualista de la vida y desearía que el régimen capitalista fuera susceptible de una regeneración que asegurara su vigencia. Pero he llegado a la conclusión de que eso es imposible y, por tanto, de que los ideales que usted sustenta son los que triunfarán en todas partes del mundo". A esa misma conclusión llegan, inevitablemente, todas las personas honradas, con capacidad para juzgar las cuestiones teóricas y prácticas de la evolución histórica.

Aquí concluyen estas Lecciones de Política para Párvulos, que he escrito más que para los ignorantes de que la política es una ciencia, para los mexicanos agentes del imperialismo extranjero, que actúan con careta o descaradamente y escriben con seudónimo o con su nombre propio, y se empeñan en convencer a nuestro pueblo de que su destino está ligado a la suerte de los Estados Unidos. A ellos me he dirigido con las palabras de San Pablo a los Corintios: "Os di a beber leche y no vianda; porque aún no podíais, ni podéis ahora".

Consideramos que los textos de esta publicación tienen una enorme importancia en la actualidad, ya que la situación política que se vive en nuestro país, sin dejar de lado la internacional, es verdaderamente dramática.

A los textos que integran la serie "Lecciones de Política para Párvulos" que dicta el maestro Vicente Lombardo Toledano, hemos agregado un artículo en el que explica qué es el "Subjetivismo en política", cuya lectura puede ser muy útil para todas aquellas personas que actúan en política, o que forman parte de algún partido político, muchas de las cuales no "precisan —como dice el maestro Lombardo— las relaciones entre la realidad objetiva y la conciencia humana", es decir, que existe en ellas un "desajuste entre el ser y el pensamiento que conduce inevitablemente el sectarismo", que, como se sabe, lleva siempre a una conducta reaccionaria o a una posición dogmática.

Este conjunto de materiales será también de enorme interés para los investigadores sociales y para todas las personas interesadas en conocer los aspectos básicos de la política vista como una ciencia, según la concebía el maestro Lombardo, sobre todo para los integrantes de las nuevas generaciones, que tienen a su cargo la responsabilidad de la dirección futura del país.

**SEP**